

« Vuestra ley lo que quiere es que una dama  
 « Ceda á dama mas linda,  
 « No que al esfuerzo la beldad se rinda.

« Supongamos (tampoco os lo concedo)  
 « Que yo mujer, cual lo afirmasteis, fuera:  
 « Porque á la de otra mi beldad cediera,  
 « ¿Perderé el galardón de mi denuedo?  
 « No; que privarme á la beldad no es dado  
 « De aquello que mi espada ha conquistado.

« Si tal fuese la ley, por lo que toca  
 « A mí, digo y declaro  
 « Que, aun el pleito perdiendo, de la Roca  
 « Yo no saliera á fe; por tanto es claro  
 « Que á pugna desigual se nos provoca;  
 « Pues que, pudiendo sucumbir, en ella  
 « Nada puede ganar esa doncella.

« Injusto es todo pacto en que al peligro  
 « No se asocia esperanza de provecho:  
 « Vuestra ley, pues, por bárbara denigro,  
 « Por contraria á justicia y á derecho.  
 « Esta mi opinion es; y si hay alguno  
 « Que á sostener que me engañe se atreva,  
 « Darle en tiempo oportuno  
 « Otra podré mas convincente prueba.»

Así por la Irlandesa  
 Piadosa Bradamante se interesa,  
 Con sólidas razones que, apoyadas  
 Con su último argumento,  
 Persuaden al alcaide en el momento.

Cual tierna flor, de agosto bajo el rayo  
 Próxima ya á espirar, alta la frente,  
 Vuelve de su desmayo  
 Cuando de lluvia algunas gotas siente,  
 Del Norte así la triste embajadora,  
 Oyendo esta defensa,  
 Siente ventura inmensa  
 Que su alma alegre, y que su faz colora,  
 No turba la llegada

De nueva dama ó paladin la cena,  
 A la cual, entre el gozo y la alegría,  
 Honor hace la hambrienta compañía.  
 Sola, entre tantos que disfrutan, pena  
 La hija de Amon, á quien recelo injusto  
 Arranca el corazón y roba el gusto.

La cena presto se concluye, tanta  
 Es la curiosidad que las devora.  
 De Montalban la virgen se levanta;  
 Levántase despues la embajadora,  
 Y á un signo del alcaide  
 Miles de hachones resplandecen. Cuanto  
 Avino luego digo en otro canto.

### CANTO XXXIII.

Descripcion de las guerras entre Francia é Italia. — Combate  
 Reinaldo con el rey Gradaso. — Llega Astolfo á Etiopia, y  
 libra á Serapo de las arpias que le atormentaban.

De Parrasio, Timántes, Polignoto,  
 Protágenes, Timágoras, Apéles,  
 Zéuxis y Apolodoro (de los cuales  
 Con la existencia destruyera Cloto  
 Las obras de sus mágicos pinceles)  
 La fama existe, y perecer no puede  
 Mientras que en torno al sol la tierra rueda.  
 Tal la suerte será de los maestros  
 Contemporáneos nuestros,  
 Leonardo, Andres Mantegna, Juan Belino,  
 De entrambos Docios, y de aquel divino  
 Miguel, mas ángel que mortal, á un tiempo  
 Escultor y pintor; del gran Ticiano,  
 De quien se honra Cadora,  
 Cual Venecia y Urbino  
 De Rafael y Sebastian. Eterna  
 De todos estos y de muchos otros,

Cuyo ingenio atestigua  
Tanto cuadro inmortal, será la fama  
Cual la de aquellos de la edad antigua.

Unos y otros en vasos y en paredes  
Cosas que han sucedido  
Pintaron; mas, ni antiguo ni moderno,  
Pintor jamas se vido  
Que aquello que aun no fué representase.

De este arte, monopolio del infierno,  
Y que es á nuestra edad desconocido,  
Valiéndose Merlin, ornó la sala  
Que extraño resplandor, cual dije, exhala.

Llegándose á sus huéspedes en tanto:

« Sabed, » dice el alcaide, « que de aquesas

« Pinturas que mirais, la mayor parte

« De futuras empresas

« Son representacion. Profético arte

« Los sucesos pintó varios y extraños

« Que durante mil años

« Contemplará la Italia, en cuantas lides

« Sostengan los franceses adalides.

« A referiros voy cual, despachado

« Por el britano rey, Merlin á Francia

« Una mision secreta

« Al sucesor de Marcomiro trajo.

« Cual es esta mision; cuando el profeta,

« Aquí viniendo, emprenda el gran trabajo

« Que orna los muros de esa bella estancia,

« Diré tambien. Cuando, de audacia lleno,

« Pasa el Rin Faramundo, y de la Galia

« Se apodera, igual freno

« Poner medita á la soberbia Italia.

« La decadencia del poder romano

« A concebir le induce este proyecto,

« Y por llevarlo á efecto

« Requiere á Arturo, principe britano.

« Este, que no acomete empresa alguna

« Sin consultar á su profeta, sabe

« Quanto es el riesgo grave

« Que del frances amaga la fortuna,

« Si el pié pone en la tierra

« Que entre los Alpes y la mar se encierra.

« Hácele ver Merlin que casi todos

« Los demas que de Francia el cetro empuñen

« Rota mas de una vez verán su hueste

« Por el hambre, las lides y la peste;

« Y que breve contento, largo luto,

« Infinita fatiga y poco fruto

« Sacarán de estos fértiles paisés,

« Donde jamás arraigarán las lises.

« Faramundo, al discurso

« De Merlin dando crédito, otro curso

« A sus legiones da; y el gran Profeta,

« Que, cual lo que pasó, conoce quanto

« Debe avenir por prodigioso encanto,

« A ruegos de aquel rey, segun propala

« La fama, con profética memoria

« Tanta estupenda historia

« Hizo pintar en torno de esta sala.

« Su intento es que comprenda

« La venidera edad que triunfo y gloria

« El frances en Italia obtendrá, mientras

« Del extranjero yugo la defienda;

« Mas si con armas entra

« Por rendirla á sus leyes,

« Su sepulcro, esté cierto,

« Allende de los montes tiene abierto. »

Así dice el alcaide, y de las damas

A la vista presenta á Sigisberto;

Muéstrales cual, movido por el oro

Que le ofrece Mauricio, desde el Jura

Desciende á la llanura

Del Lambro y del Tesin, donde adversa

Siéndole la fortuna, por Eudoro

Su gente toda ve muerta ó dispersa.

Muéstrales luego á Clodoveo al frente

De mas de cien mil hombres, un camino  
Abriéndose à través del Apenino;  
Tambien de Benavente

Les muestra al duque, que con poca gente  
Su campo abandonar finge ladino,  
Y al frances burla así, que halla entretanto  
Oprobio y muerte en el lombardo vino.

¿Cuánto soldado, cuánto  
Jefe de Francia Childeberto envia  
Que, cual su antecesor, la Lombardia  
Creyendo someter, estupefacto  
Queda al rudo contacto

Del brazo airado del Señor, que en breve  
Su arrogancia castiga,  
Y en las ondas de fiebre ó de fatiga  
De cada diez quita la vida à nueve!

Muéstrales luego à Cárlos y à Pepino,  
Que gloria y triunfos en Italia obtienen,  
Pues que su suelo vienen  
A defender. Al papa Estéban uno  
Liberta; el otro de Leon y Adriano  
Los grillos suelta; aquel à Astolfo doma;  
Este à su sucesor derrota, y vuelve  
El honor al pontífice de Roma.

Muéstrales en seguida à otro Pepino,  
Que ocupar con su ejército parece  
Desde Venecia al suelo palestino.  
Él será quien empiece,  
A fuerza de tesoros y fatiga,  
En Malamoco el puente,  
Sobre el cual, ántes que llegar consiga  
A Rialto, lidiando con su gente,  
La verá, rota su obra, sumergida,  
Y solo huyendo salvará su vida.

Luis de Borgoña es otro, que, vencido,  
Dejar en paz al vencedor promete;  
Pero bien pronto, con culpable olvido,  
Faltando à su palabra, le acomete;

Y de nuevo deshecho, y de los ojos  
Privado, es por su gente conducido,  
Cual topo, al suelo que nacer le vido.

De un Hugo de Arles vense allá los hechos;  
Dos y tres veces rotos y deshechos  
Por él los Berengueres, otras tantas  
En Italia las plantas  
Volverán à poner con el auxilio  
De los Hunos y Bávaros. Forzado  
Por la necesidad, Hugo un tratado  
Con su enemigo hará. Del reino empero  
Por Berenguer privado,  
Se verá su legitimo heredero.

Otro Cárlos allí, por dar ayuda  
Al papa, prende por Italia fuego,  
Y en dos fieras batallas muerte cruda  
Da à Coradino, y à Manfredo luego.  
Presto empero su gente, que inhumana  
A la Italia imponer su yugo quiere,  
De visperas al son de la campana  
Y del airado pueblo à manos muere.

Luego (Valcaide (bien que estos sucesos  
De los otros separe un intervalo  
De muchos años y aun de lustros) muestra  
A las dos damas un caudillo galo  
Que, pasando los montes,  
Declarará la guerra à los Viscontes.  
De à caballo y de à pié con compañía  
El sitio formará de Alejandria,  
Cuyo gobernador, dentro dejando  
La fuerte guarnicion que la defiende,  
Con arte una emboscada  
A corto trecho de la plaza tiende  
A la gente francesa,  
Que, mal aconsejada,  
Con su jefe Armañac en ella dando,  
Rota se ve bien pronto, y muerta ó presa.

Uno tras otro muéstrase en seguida

Uno de Marca y tres de Anjú , los cuales  
 Hazañas mil consumarán fatales  
 Al Brusó , al Dauno , al Marso , al Salentino ;  
 Mas ni el poder de Francia , ni el latino  
 El de estos grandes jefes consolida ,  
 Que mil veces privados de su mando  
 Se verán por Alfonso y por Fernando.

Ved á Carlos octavo.

Que con la flor de Francia , sin siquiera  
 Su espada desnudar , el Liris pasa  
 Y de la Italia toda se apodera ;  
 Excepto de la roca que á Tideo  
 El busto oprime , y que defiende bravo  
 Un Inigo de Guast , que de la casa  
 Antigua y noble de Avalos la gloria  
 Con su valor realzará. La historia  
 De Italia de esta suerte  
 El alcaide mostrando á Bradamante ,  
 « Antes , » le dice así que la Isquia advierte,  
 « De pasar adelante ,  
 « Es justo os manifieste  
 « Cosas que en mi niñez mi bisabuelo  
 « Me narraba , y que aqueste  
 « Del suyo oyó. Narraros quiero todo  
 « Lo que Merlin , mostrándole el castillo ,  
 « Predijo á Faramundo de este modo :  
 « En este alcázar , del audaz caudillo  
 « Que con tanto denuedo lo defiende ,  
 « Menospreciando el fuego  
 « Que sus estragos hasta Garo extiende ,  
 « Ha de nacer muy luego  
 « ( Y el año le fijó y el mes y el día )  
 « Un héroe insigne que del mundo entero  
 « Será en esfuerzo y ánimo el primero.  
 « No le igualó Nireo en lozania ,  
 « En fuerza Aquiles , ni en audacia Ulises.  
 « No mas veloz fué Ládes ; mas prudente ,  
 « Con todo su saber y su experiencia ,

« Héctor no fué ; mas noble , mas clemente ,  
 « La antigüedad á César no nos pinta ,  
 « Que el que en Isquia nacer dotado debe  
 « De tanta noble cualidad distinta.  
 « Si la honra Creta á reclamar se atreve  
 « De que al nieto de Celo nacer vido ;  
 « Si se muestra el de Tébas engreído  
 « Del nacimiento de Hércules y Baco ;  
 « Si de sus dos gemelos  
 « Lleno de orgullo se complace Délos ,  
 « ¿Cuál no debe mostrar esta isla , cuna  
 « Del gran Marques , de quien verán los cielos  
 « Con júbilo la próspera fortuna ?  
 « Merlin al franco rey dice y repite  
 « Que Dios al mundo este varon concede  
 « Cuando mas de su apoyo necesite  
 « La casi hundida ya Romana Sede.  
 « Mas , pues hablar pretendo  
 « De estos hechos mas tarde , revelarlos  
 « No quiero en este instante. » Asi diciendo ,  
 El alcaide á la virgen acompaña  
 Al sitio do de Carlos  
 Pintada brilla tanta ilustre hazaña.  
 « Mira aquí , » dice , « á Luis , que arrepentido  
 « De haber llamado á Carlos , y temiendo  
 « Que , á la gente enemiga  
 « Despues de haber vencido ,  
 « Del libertado solio se apodere ,  
 « Volver sus armas quiere  
 « Contra él , y con Venecia se coliga.  
 « De Venecia y de Luis Carlos mal grado  
 « Abrirse paso logra denodado ;  
 « Mas de la gente á quien dejó la guarda  
 « De su nueva conquista , mas funesta  
 « La suerte fué ; que en acudir no tarda  
 « Fernando con refuerzos , que le presta  
 « El de Mantua , y bien pronto  
 « Les da muerte en la tierra y en el ponto.

« De esta victoria empero no se aplaude;  
 « Que un hombre pierde víctima de un fraude; »  
 Así diciendo , á Alfonso de Pescara  
 Muestra, y añade luego : « Ese guerrero,  
 « De quien la gloria brillará preclara  
 « Mas que rubi, con pérfido tratado  
 « Por un principe etiópico engañado,  
 « Morirá, sin recelo ni sospecha,  
 « Atravesado por traidora flecha.  
 « Aquel es Luis el décimo segundo,  
 « Que, pasando los montes  
 « Con itálica escolta, á la morera  
 « Las lises sustituye en el fecundo  
 « Terreno do reinaron los Viscontes.  
 « Luego, por dar al Cariñano puentes,  
 « A ejemplo del rey Carlos, manda gentes,  
 « Que huyen dispersas, que la tierra muerden,  
 « O que la vida entre las olas pierden.  
 « En no menor conflicto  
 « Al ejército franco en fuga ved  
 « Ante Fernan Gonzalo, hispano invicto  
 « Que ya dos veces le envolvió en su red.  
 « Mas cuanto á Luis contrario fué el destino  
 « Aquí, tanto propicio se mostró  
 « En los llanos que entre Adria y Apenino  
 « Con su corriente fertiliza el Po. »  
 Así diciendo, el huésped á sí mismo  
 De abandonar su asunto se reprende :  
 « Volved la vista, añade, hácia el que vende  
 « El fuerte que su dueño le confía.  
 « Ved al pérfido helvético, que prende  
 « Al mismo que le nutre y asalaria,  
 « Y al francés, que, merced á esta perfidia,  
 « El triunfo gana y ni siquiera lidia.  
 « Del monarca de Francia el patrocinio  
 « En Italia el dominio  
 « Acrecienta de Borja, que destierra  
 « Quanto magnate Roma

« En su campiña y su ciudad encierra.  
 « En ese cuadro al boloñes se nota,  
 « Que trueca por la sierra la bellota;  
 « Al genoves rebelde pone en fuga,  
 « Y su ciudad subyuga.  
 « Haces, añade, allí de gentes nuestras  
 « En Glaradada ocupan nuestra vista.  
 « Mirad cual, sin que nadie le resista,  
 « Hasta Venecia al rey abre sus puertas.  
 « Mirad cual al pontifice se opondrá,  
 « Que el ferrares confin ha traspasado,  
 « Y de Módena anhela la conquista.  
 « Mas obligale el rey á que abandone  
 « Estos designios, y la ley le impone  
 « De que á los bentivoglios restituya  
 « Bolonia, corte en otros tiempos suya.  
 « Al rey de Francia mas allá se nota,  
 « Que á Brescia reconquista y la saquea;  
 « Mirale cual al mismo tiempo casi  
 « Da socorro á Felcina,  
 « Las huestes del pontifice derrota,  
 « Y cual ambos ejércitos de Clasi  
 « Se acogen luego en la region marina.  
 « La Francia por aquí, por allá España  
 « Corren á defender sus estandartes.  
 « La tierra sangre de ambos lados baña.  
 « Cadáveres se ven por ambas partes.  
 « A quien dar la victoria  
 « Marte no sabe. En esto de un Alfonso  
 « El ánimo al frances cubre de gloria.  
 « Frustrado el español ve su deseo,  
 « Y presencia de Ravena el saqueo.  
 « Muérdese el papa de dolor los labios;  
 « Y ansioso de vengar tantos agravios,  
 « De un vecino feroz la saña excita.  
 « Cual terrible huracan se precipita  
 « Contra la gente franca  
 « El tudesco; de Italia la repele,

« Y en el jardín de do la lis arranca  
 « Planta el moral. En esto  
 « Vuelve el frances; mas destrozado presto  
 « Se ve por los de Helvecia, á cuya frente  
 « Marcha con grave riesgo el jóven, hijo  
 « De aquel á quien vendió su propia gente.  
 « Su hueste que deshizo impia fortuna  
 « El nuevo rey de Francia reorganiza,  
 « Y con ella acudiendo, se prepara  
 « A castigar el crimen de Novara.  
 « Francisco es este rey, con quien retorna  
 « La gente franca á Italia, y al de Suiza  
 « Rompe, destroza y priva para siempre  
 « Del título usurpado con que se orna  
 « De domador de reyes  
 « Y defensor de las romanas leyes.  
 « A pesar de la liga, ved cual entra  
 « En Milan, y tratado  
 « Concluye con Esforza. Hacia este lado  
 « Ved á Borbon, cual su ciudad defiende.  
 « Vedle despues, cual, mientras  
 « Otras conquistas denodado emprende,  
 « De su gente por crímenes que ignora,  
 « Viene á perder esta ciudad. Agora  
 « Otro Francisco Esforza, que á su abuelo  
 « En nombre y en virtudes se asemeja,  
 « Allí se muestra, que del patrio suelo  
 « Con el favor de Roma  
 « Lanza al de Francia, cuyo orgullo doma.  
 « Segunda vez, cerrándole el camino,  
 « El buen duque de Mantua en el Tesino.  
 « Aquel que, adolescente todavía,  
 « Va á cubrirse de gloria  
 « Libertando á Pavia,  
 « Y arrancando á Venecia una victoria,  
 « Federico será. De los franceses  
 « Terror serán y de la Italia lustre  
 « Aquellos dos marqueses,

« Uno y otro nacido  
 « Del misma tronco y en el mismo nido.  
 « Hijo de Alfonso y victima de un lazo,  
 « El uno dellos con su sangre ilustre  
 « La tierra regará; mas de la Italia  
 « Serán por sus consejos  
 « Mas de una vez lanzados los de Galia.  
 « Aquel es otro Alfonso,  
 « Marques de Guast, en quien, de aquí no léjos,  
 « Un alma brilla noble y generosa  
 « De su benigno rostro en los reflejos.  
 « Este es aquel del cual dije, al mostraros  
 « La ínsula de Isquia, que Merlin habia  
 « Tantos hechos preclaros  
 « Predicho con famosa profecía.  
 « Este es el héroe que reserva el cielo  
 « Para volver su honor y su consuelo  
 « A la Italia afligida,  
 « Y á la romana Iglesia,  
 « Por el poder del bárbaro oprimida.  
 « Detras de su pariente de Pescara,  
 « Y auxiliado por Próspero Colona,  
 « Vedle cual se defiende. Ved cuan cara  
 « La Bicoea al frances que la ambiciona  
 « Cuesta y al suizo. El rey de los franceses,  
 « Que á reparar se apresta sus reveses,  
 « Baja con una hueste á Lombardía  
 « Mientras otra contra Nápoles envia.  
 « Mas como suele el huracan violento  
 « Lanzar al firmamento  
 « Leve polvo, que luego  
 « Con furia igual al suelo precipita;  
 « Fortuna así, con caprichoso juego,  
 « Del triste humano la existencia agita,  
 « Y al monarca de Francia, que, ocupado  
 « En conservar tanto adquirido estado,  
 « No ve si de sus haces  
 « El número aumentaba ó decrecia,

« Hace creer que en torno de Pavia  
 « Podrá juntar cien mil de sus secuaces,  
 « Por culpa así de viles consejeros  
 « Y del jefe, que en ellos se confía,  
 « Raros son los guerreros  
 « Que acuden de su puesto á la defensa,  
 « Cuando con hueste inmensa,  
 « Que camino hasta el tártaro se abriera,  
 « Le embiste denodado  
 « El español, que, lleno de jactancia,  
 « De los de Avalos sigue la bandera.  
 « Por el suelo tendida  
 « Ved á la noble juventud de Francia.  
 « Cuánta arma dirigida  
 « ¡ Oh Dios! se ve contra su jefe bravo,  
 « Que, muerto su corcel, morir pretende  
 « Como gran rey, no como vil esclavo.  
 « Solo y á pié, gallardo se defiende  
 « Contra todo un ejército, y su saña  
 « Con enemiga sangre el suelo baña.  
 « Mas su ánimo á la fuerza cede al cabo;  
 « Cede, y cautivo es conducido á España.  
 « Pescara, y el de Guast, que le acompaña,  
 « Son los dos que la gloria  
 « Obtienen de esta célebre victoria.  
 « Roto un campo en Pavia, el que dispuesto  
 « Marchaba á dar á Nápoles asalto,  
 « Su camino y su ardor suspende presto,  
 « Cual se apaga fanal de aceite falto.  
 « En la Ibera prision el rey resuelve  
 « A sus hijos dejar, á Francia vuelve,  
 « Y mientras á hacer á Italia va la guerra,  
 « Viene otro á declarársela á su tierra.  
 « Víctima del incendio, la rapiña,  
 « El sacrilegio y el estupro en tanto  
 « Ve Roma su ciudad y su campiña.  
 « La liga con espanto,  
 « Sorda á tanto clamor, ciega á tal llanto,

« En vez de adelantar, tímida ceja  
 « Y al gran pastor en su conflicto deja,  
 « Con nuevas huestes á Lautrec envía  
 « El rey, no ya por conquistar ciudades,  
 « Mas por librar de una opresion impía  
 « De la Iglesia á las altas dignidades.  
 « Cuando allí llega, rota  
 « Mira Lautrec del papa la cadena,  
 « Y, siguiendo su marcha, pone asedio  
 « A la ciudad do yace la Sirena.  
 « Por darle amparo, formidable flota  
 « Manda en este intermedio  
 « El monarca imperial; mas el camino  
 « Presto Doria cerrándole, sumerge  
 « Sus naves, las incendia y las derrota.  
 « Y si hasta entónces próspero el destino  
 « Mil victorias les dió, fatal agora  
 « Se muestra al franco rey, de cuya hueste  
 « Mortal y aguda peste  
 « Los noventa centésimos devora. »  
 Estas y otras hazañas, que prolijo  
 Fuera contar aquí, sirven de adorno  
 Al inmenso salon, del cual en torno,  
 Llenas de admiracion y regocijo,  
 Vueltas dan las dos jóvenes, leyendo  
 Los rótulos atentas que debajo  
 De cada cuadro, en caracteres de oro,  
 Se ven escritos con sutil trabajo.  
 El alcaide, que da, cortes y atento,  
 Por costumbre á sus huéspedes buen trato,  
 A cada cual conduce á su aposento  
 Luego que ve que han conversado un rato.  
 Allí tranquilo cada cual reposa,  
 Excepto Bradamante, á quien su cuita  
 Desvela, inquieta, agita  
 Hasta el amanecer. Entonce en sueño  
 Ver se figura al adorado dueño  
 Que le dice : « ¡ Porqué, porqué acibara

« Tu existencia un error, oh virgen cara?  
 « ¿Yo dejarte de amar? Antes los ríos  
 « Al sitio volverán de su partida  
 « Yo te amo, dulce bien, mas que á mi vida,  
 « Mas que á las niñas de los ojos míos.  
 « Dispuesto á bautizarme aquí me tienes,  
 « Y á cumplir mis promesas decidido.  
 « Si tardé, fué que herido,  
 « Mas no por otro amor, hasta este día  
 « Yací postrado. » En esto se desvela  
 La dama; con su sueño desaparece  
 La imágen de Roger, y así se dice,  
 De nuevo sollozando, la infelice:  
 « Mientra el dolor que mi alma desconsuela  
 « Realidad es atroz, fingido, incierto  
 « Es el placer fugaz que el sueño ofrece.  
 « ¿Porqué ¡mísera! apenas me despierto,  
 « Mi feliz ilusion se desvanece?  
 « ¿Porqué, cerrados, dicha ven mis ojos,  
 « Y con su luz renacen mis enojos?  
 « Si gozo el sueño me ha de dar, si muerte  
 « Al despertar recibo,  
 « ¡Duérmame al punto y nunca me despierte! »  
 Del horizonte el sol con rayo vivo  
 Las nubes disipaba,  
 Y favorable tiempo presagiaba,  
 Cuando sus armas Bradamante viste;  
 Y preparada á proseguir su viaje,  
 Gracias por tan benévolo hospedaje  
 Da al alcaide, que triste  
 La ve partir. Seguida de sus damas  
 Y escuderos, en tanto la Islandesa  
 Deja el castillo, y llega hácia el paraje  
 Do estan los tres que, en temeraria empresa,  
 Por la dorada lanza derribados,  
 Pasaron, con estómago vacío,  
 Toda una noche expuestos  
 Sobre la tierra al agua, al viento, al frío.

Mas lo que casi, y aun sin casi, de estos  
 Inconvenientes al dolor excede,  
 Es el pensar que, al dar á su señora  
 Nuevas de su mision, la embajadora  
 Ocultarle no puede  
 El triste resultado  
 De la primer batalla que han trabado.  
 Dispuestos á morir si de la afrenta  
 Hecha á su honor satisfaccion no obtienen,  
 A provocar los tres á un tiempo vienen  
 A la jóven de Amon, que se presenta,  
 Y de quien ya probaron el acero  
 Sin recelar su sexo verdadero.  
 A proseguir su viaje solo atenta  
 Bradamante, rehusa esta batalla  
 Mas tal perseverancia  
 Ponen aquellos tres en provocalla,  
 Que, resuelta á la postre la doncella  
 A castigar de nuevo su arrogancia,  
 Con tres golpes al suelo los arroja  
 Y se aleja de allí con presta huella.  
 Llenos de turbacion, de ira y congoja,  
 Con pálido semblante y labio mudo,  
 Levántanse despues los campeones  
 Que de remoto clima la conquista  
 Vinieron á emprender del áureo escudo.  
 Ninguno de ellos levantar la vista  
 Osa ante Ulania, en tantas ocasiones  
 Testigo de la estólida jactancia  
 Con que, durante el viaje, pretendia  
 Cada cual que de Francia  
 A los héroes mas fuertes venceria.  
 Por humillar aun mas su petulancia,  
 Por aumentar aun mas su maravilla,  
 La Islandesa afirmó que una doncella  
 Fué quien les hizo abandonar la silla.  
 « Si ante una dama, añade, así se humilla  
 « Vuestro valor en la primer querella,



« ¿Qué será ante Reinaldo? ¿qué delante  
 « Del tan famoso paladin de Anglante?  
 « Si á manos de uno de estos dos guerreros  
 « Viene á parar el disputado escudo,  
 « Dudar debeis, cual con razon yo dudo,  
 « Que, vencidos poco ha por una dama,  
 « Puedan vuestros aceros  
 « Lidiar con paladines de tal fama.  
 « De la pujanza vuestra  
 « La prueba de hoy os baste y la de anoche.  
 « Con ellos, pues, saliendo á la palestra,  
 « No os expongais al público reproche,  
 « Bien que reproche acaso no merece  
 « Quien á manos tan ínclitas perece. »  
 Por el dicho de Ulania y de otros diez  
 De los que allí se hallaban, convencido  
 Cada cual de los tres de que vencido  
 De una doncella fué por la altivez,  
 Quiso, ciego de enojo y de despecho,  
 Atravesarse con su espada el pecho.  
 De sus armas, furioso  
 Uno tras otro, al punto se despoja;  
 Del castillo en el foso las arroja,  
 Y promete éxpiar baldon tamaño  
 De su caballo el lomo no oprimiendo,  
 Ni cota revistiendo en todo un año.  
 Los tres juran tambien que, aun concluido  
 Este plazo, armadura  
 Jamas revestirán, cabalgadura  
 No montarán, en tanto que una malla  
 Conquisten y un corcel en la batalla.  
 Así marchan á pié los tres guerreros,  
 Mientra á caballo van sus escuderos.  
 Llegando aquella tarde Bradamante  
 A un castillo que se halla  
 En el camino que á la corte guía,  
 Oye hablar de la atroz carnicería  
 Que sufrieron las huestes de Agramante.